

JACOBO MACHOVER

EL HERALDO DE LAS MALAS NOTICIAS:
GUILLERMO CABRERA INFANTE

(ENSAYO A DOS VOCES)



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
VIDAS MACABRAS	21
1) DEL SUICIDIO Y OTRAS REBELDÍAS	25
2) GALERÍA DE RETRATOS	33
3) HÉROES DE TRAGEDIA GRECO-CUBANA	41
4) DIÁSPORA	51
UNA SUMMA ERÓTICA	57
EL MAGO DEL LENGUAJE	71
LOS CUERPOS DEL DELITO	87
DEL JUEGO AL ARTEFACTO	95
ENTREVISTAS	103
LA CIUDAD-FANTASMA	107
UNA PELEA CUBANA CONTRA EL DEMONIO	125
EL MURO DEL MALECÓN	139
BIBLIOGRAFÍA	149

El hombre impresiona, interroga con la mirada, está al acecho de cualquier desliz, de cualquier palabra en falso, de toda crítica dirigida hacia su persona. De por sí solo, es todo un mundo. El exilio personificado. La soledad del escritor y del profeta, clamando contra todos los vientos, contra todas las ignorancias. Se mantiene incólume en su apartamento de Gloucester Road, en lo que fuera otrora el «swinging London», lejos de Cuba, y tan cerca. No quiso creer en la nostalgia sino en una memoria viva, vindicativa, de imaginación y de combate. Un combate de hombre a hombre, de la palabra contra el poder, del individuo contra el Estado, de la creación contra la ideología. Él conoce el poder de la literatura, más en sus resonancias externas que en la significación primigenia de la página escrita. Al maestro del «pun» no le gustan los juegos de palabras sino la convicción a través del verbo, como única posibilidad para mantenerse libre, fuera de la isla.

Libertad y soledad van juntas, se complementan en un equilibrio imperfecto. Al estar en Londres, no directamente inmerso en la Cuba del exilio, GCI no se encuentra sometido a las presiones del conjunto, a las polémicas políticas, al comentario diario de todos los acontecimientos y declaraciones provenientes de La Habana y de Miami. Así puede elaborar a su antojo escritos, teorías y doctrinas en la más perfecta heterodoxia, como una voz sin respaldo de ningún

grupo. Por haber sido el primer intelectual que se haya atrevido a hablar de Cuba y de una revolución entonces inatacable en las páginas de los principales periódicos del mundo, a igual distancia del exilio organizado y del régimen imperante en la isla, ha logrado adquirir una estatura que va más allá de su labor literaria, algo así como una autoridad moral que pocos le deniegan, aunque la consideren con cierta condescendencia o desconfianza.

Porque la soledad (con su corolario, una libertad individual y literaria a toda prueba) también conlleva su contrapartida: una mayor exposición a los riesgos del error, de la intransigencia, del rencor velado y de los enemigos que surgen por donde nadie los espera. Cabrera Infante cultiva su propio ego pero en una posición de indefensión, de vulnerabilidad de todos los instantes. No se puede ser a la vez un hombre, un escritor, un exilado y una institución crítica sin recibir los golpes de la oficialidad y de parte de la oposición, ya que no responde a ningún esquema.

Pero los ataques llegan atenuados gracias al aislamiento de Gloucester Road y a la presencia de Miriam: Miriam Gómez, su «móvil», su apoyo de cada día, siempre presente en la polémica, como personaje de los cuentos y novelas y como protección de la vida pública y privada. En la intimidad, uno es inconcebible sin la otra. Son las dos partes de una misma personalidad. Una novela de amor y de ideas.

La literatura de ficción y la de reflexión se van mezclando cada vez más en un estilo de escritura híbrido, muy estimulante, donde queda poco lugar para la simple imaginación. Sería erróneo considerar a G. Cabrera Infante como

novelista por un lado, cuentista por el otro, crítico de cine o articulista por un último costado. Los géneros se imbrican y se mezclan en una obra total, a veces inmediata, con la prisa que imponen las circunstancias, políticas o mediáticas, a veces de largo alcance, con una maduración lenta y poco prolífica.

Eso les permite a los lectores y a los críticos quedarse simplemente con una de las facetas del escritor: con el de *Tres tristes tigres*, con el de *La Habana para un Infante difunto* o con el de *Mea Cuba*, sin dejar de lado el de *Un oficio del siglo 20*. Todos los géneros están presentes en todas las novelas, excepto, quizás, el panfleto político, sistemáticamente eliminado en las novelas y en los cuentos, aunque no en todos, aunque el rechazo de lo político pueda significar también una toma de posición frente a un régimen que usa y abusa de la totalidad en la forma de vivir y de pensar de sus ciudadanos. Una escritura no neutraliza a las demás, aunque Guillermo Cabrera Infante intente confundir las pistas, los puntos de identificación recurrentes en su obra. Hacer de la contradicción un arte, del juego de palabras una vía para la clarificación, tal es su credo, o su objetivo, si objetivo hay, si la obra no se justifica por sí sola y necesita del complemento de una constante explicación.

Siempre se le ha cuestionado, desde las instancias del poder o desde las de la literatura. El reconocimiento universal no ha llegado nunca, bajo forma de premios o de alabanzas. Es otra manera de ser maldito, de sacar cierto orgullo de una verdadera marginalización, atizada tanto por las academias como por sí mismo. En ello gana y crece el arte de la narración, bajo cualquier forma que desee adoptar.

El género es enemigo de la obra en su conjunto. Cabrera Infante siempre se ha negado a ser catalogado, clasificado, bajo cualquier etiqueta, la de novelista o la de ensayista. De un tiempo a otro tiempo, los libros van dialogando, se van depurando, colocando un texto en un nuevo contexto, introduciendo artículos o viñetas en la ficción, componiendo una novela a partir de relatos sueltos, como si se fueran construyendo gracias a la mera acción del tiempo, adquiriendo un carácter profético que no tenían en su versión original. En *Delito por bailar el chachachá*, el relato «En el gran ecbó», que estaba incluido en *Así en la paz como en la guerra*, entra a formar parte de una estructura triple, que le da un carácter primerizo, casi iniciático, con la aparición de un mismo personaje «múltiple» o variable. El cuento que cierra el volumen (y que le brinda su título) debía ser el primer capítulo de una novela en proyecto, «Cuerpos divinos».

Las viñetas van y vienen. En *Así en la paz como en la guerra*, puntualizan los más diversos cuentos para intentar insertarlos en un todo. Entendiendo que la búsqueda del todo es una empresa vana, GCI las repudia, las vuelve a retomar con otro sentido, un sentido por momentos opuesto al primero en el plano estrictamente político, compone un volumen de viñetas cortas, *Vista del amanecer en el trópico*, que, a su vez, debía ser el título original de *Tres tristes tigres*.

El cine no es sólo objeto de estudio. Es también elemento de narración. Otro de los tres cuentos incluidos en *Delito por bailar el chachachá*, «Una mujer que se ahoga», es un guión transformado, una manera como otra de visualizar la misma escena, la misma mujer, la misma pareja, en una

temporalidad distinta. Cabe señalar, de paso, que buena parte de la ficción de Cabrera Infante gira en torno a lo no-dicho en las relaciones de pareja. La elipsis es una constante. Lo importante se sugiere, no se grita. Lo fundamental es lo que se ve y se oye. Sólo el cine hablado es cine, no el cine mudo, que no permite la ilusión de la realidad.

La Habana para un Infante difunto utiliza en provecho del relato todas las técnicas cinematográficas en un constante movimiento, del «travelling» al primer plano, con un ojo «voyeur» y sin pudor. La cámara se introduce en los más mínimos resquicios de «la casa de las transfiguraciones», el solar de Zulueta 408, la corte de los milagros (sexuales) habanera. La «Bachata» de *Tres tristes tigres* es también un «travelling», un poco más rápido, con la ayuda de un automóvil, por las calles del Vedado, en la ciudad de La Habana. Una Habana nocturna, llena de música y de luces que se desvanecen a toda velocidad.

La escritura de Cabrera Infante es un proceso en constante devenir, nunca estático, aunque la progresión esté ausente de la narración. No tiende hacia un final. Prefiere captar las infinitas coordenadas de un instante, como para mejor fijarlas en el recuerdo. La memoria es su instrumento de trabajo. Es una necesidad absoluta el fijar todo lo que ocurre a su alrededor inmediato en una fracción del tiempo, pero nunca mucho más allá del campo de visión real. En otras palabras, no fija la Historia. Tampoco le interesa, sino una historia particular, en un momento esencial. Pueden ser los años 40, o fines de los 50, o principios de los 60: momentos claves para un itinerario personal. La llegada a La Habana, un paseo nocturno, una conversación en un bar. Instantes